

ODA.

No la llama fugaz y transitoria,
 De una mentida gloria
 Forjada en la ardorosa fantasía,
 En mi trémula mano ha colocado
 El laúd que olvidado,
 Roto y sin cuerdas en mi hogar yacía.

Hay algo más hermoso para el alma,
 Que la efímera palma
 Conquista pasajera de un momento;
 Algo sublime con que el hombre sueña,
 Y un espacio le enseña
 Donde pueda elevar su pensamiento.

Ese algo poderoso, que se siente
 Salir en nuestra mente
 Y á otra esfera el espíritu levanta,
 Ha llamado á las puertas del olvido
 En que ha tiempo he vivido,
 Para decirme dulcemente: "¡canta!"

"Canta la Religión y el Sacerdocio,
 Noble y santo consorcio
 De la fe y el amor sobre la tierra;
 Lazo que une lo eterno y lo mudable,
 Para hacernos palpable
 El *yo* divino que la vida encierra."

Mi lira tanto tiempo abandonada,
 Despierta alborozada
 Al acento de voz tan seductora,
 Y entonces puedo ver, en lo alto escrita,
 Una fecha bendita
 Que copian los colores de la aurora.

A través de los años transcurridos
 En diez lustros perdidos
 Para la vida que fugace vuela;
 Emocionado, con afán, contemplo
 El interior de un templo
 Que de Dios la presencia me revela.

¡Un altar! ¡Una Cruz! ¡Albas bujías!
 Las suaves melodías
 Del órgano, y los Salmos; el incienso. . . .
 Y un joven sacerdote arrodillado
 Para ser consagrado
 Ante el concurso de emoción suspenso.

Nuevo apóstol de Cristo, se prepara,
 Inclinado ante el ara,
 A la vida de goces y dolores
 Que la virtud ofrece al escogido;
 Al mártir elegido
 Que hace brotar de las espinas, flores.

¡Ahí va ya! los ángeles le admiran,
 Y á la ventura aspiran
 De poder elevar entre sus manos,
 La hostia sacrosanta en que se adora
 La esencia redentora
 De El que vino á morir por sus hermanos.

Cincuenta veces la terrestre esfera,
 Su evolución hiciera
 Al derredor del astro de la vida,

Desque aquel sacerdote humilde y sabio
 Con fervoroso labio
 Diera al mundo mortal su despedida.

Desde entonces acá su larga historia
 Y su preclara gloria,
 ¿Quién no sabe en el suelo mexicano?
 ¿Y quién de su bondad no ha recibido,
 El consuelo pedido
 A su bendita y generosa mano?

¿Quién no ha visto las recias tempestades
 Que en distintas edades
 Al hombre y al Prelado combatieran,
 Sin que las furias de pasión innoble
 Al gigantesco roble
 Con esfuerzo satánico abatieran?

¿Y quién de sus angustias no ha escuchado
 Silencioso, apagado,
 Intimo, triste, y doloroso el grito,
 De ausencias, proscripciones, desengaños,
 Que pesan en sus años
 Como pesa una mole de granito?

Auras de juventud embalsamadas,
 Coronas conquistadas
 De la virtud al poderoso aliento;
 Memorias de una edad pura y sencilla,
 En cuyas sombras brilla
 La misteriosa luz del sentimiento;

Recuerdo de venturas y dolores,
 Suavísimos rumores
 De la fértil Zamora, y las floridas
 Riberas de su Duero caudaloso,
 Donde miró dichoso
 De niño transcurrir horas queridas;

Venid á la mansión en donde mora
 El que príncipe ahora
 De la Iglesia de Cristo en este suelo,
 Quisiera respirar aquellas brisas,
 Dulcísimas sonrisas
 Que ofrece al alma el michoacano cielo.

Venid á su redor, conjunto hermoso
 Del tiempo venturoso,
 Pasado, sí, pero olvidado nunca,
 Y suave murmurad en sus oídos,
 Acentos recogidos
 De la esperanza que el dolor no trunca.

Ella rasga los velos materiales
 Y á esferas ideales
 Transporta nuestro espíritu cansado,
 Cuando el viaje penoso de la vida,
 Desborda la medida
 De un cáliz de dolores apurado.

Este día feliz en cuya aurora
 La mente pensadora
 Escrito mira de Pelagio el nombre,
 Para la grey que á su pastor venera,
 Es nueva primera,
 Fecundo sol que á lo futuro asombre.

Los que abrigais un corazón cristiano,
 De su creencia ufano,
 Y que guarda la fe como un tesoro,
 Admirad al apóstol escogido
 A quien se ha concedido,
 Que llegue á celebrar sus Bodas de Oro.

Amadle, bendiciendo su existencia,
 Su prestigio, su ciencia,
 Y la augusta virtud que lo acompaña,

Porque él es para México una gloria
 Que grabará en su historia
 Página fiel que la maldad no empaña.

ANTONIO DE P. MORENO.

México, 1889.